# La acción evangelizadora de la Congregación

# y la predicación misionera

*Cevim 9 de abril de 2024 en Celje*

En la acción evangelizadora de la Congregación de la Misión, la predicación ocupa un lugar central.[[1]](#footnote-1) Tuvo su origen en la "predica" y se desarrolló a lo largo de la historia, aunque no exclusivamente, como predicación en las "misiones populares" y como anuncio misionero en lo que antaño se llamaban "tierras de misión".

Para desarrollar el tema, intento circunscribirlo mediante esta pregunta: *¿Cómo afecta la predicación misionera al anuncio del Evangelio en una época de irrelevancia cristiana para el mundo*?

### Un prólogo sobre la manera de hablar/predicar de San Vicente

En los escritos de San Vicente se tiene la sensación de que está encarnado en las palabras que escribió, como una Presencia testigo del acontecimiento del Señor. Sus palabras siempre transmiten una *vibración afectiva* que revela el misterio del Reino: “Buscar el Reino *es esforzarse.*.. y trabajar continuamente por él, *evitando permanecer en un estado de inercia e indolencia*; prestar cuidado y atención a la propia vida interior para regularla bien más que a las cosas exteriores en las que buscar el propio disfrute”.[[2]](#footnote-2) En una conferencia a las Hijas de la Caridad hace esta observación sobre el poder de la *palabra intercambiada en la autenticidad*: “Cada [hermana] simplemente informaba de sus propios pensamientos y me parecía, - comenta San Vicente - que eran *como chispas encendiendo un gran fuego* o como una vela encendiendo a las demás”. [[3]](#footnote-3)

*He aquí la cuestión. Cuando Vicente habla enciende el deseo, porque él mismo está inflamado de deseo*: el deseo de asumir los contornos de Cristo y de pertenecer al Reino que anuncia. La predicación de Folleville y Châtillon, está inmersa en esta atmósfera. Y la búsqueda de la sencillez contenida en el pequeño método no significa dejadez y superficialidad en el hablar, sino que es funcional para pronunciar palabras incisivas que cuenten el misterio de Dios sin ocultarlo con palabras humanas altisonantes. Las palabras de una predicación “al estilo misionero” deben ser *palabras ardientes*. No palabras eruditas de doctrina, ni exhortaciones moralizantes, sino *palabras eficaces que golpeen la sensibilidad espiritual* de jóvenes y mayores, porque son palabras nacidas del deseo de que el Espíritu Santo hable a través de la debilidad de las propias palabras.

Por eso San Vicente temía la insensibilidad en sus misioneros.[[4]](#footnote-4) Y la manera de desarrollar un argumento *tendía a afectar más al afecto y a la voluntad que a la inteligencia de* sus oyentes. Por eso colocaba la insensibilidad en las cosas de Dios entre los principales vicios del misionero.

Poniéndonos en la escuela de San Vicente, nos preguntamos cómo puede tener lugar el anuncio cristiano en nuestro tiempo. Y para ello quisiera subrayar dos supuestos que fundamentan la predicación misionera.

### 1. ¿Qué puede inducir a un hombre de hoy a adherirse al anuncio cristiano?

Si evangelizar significa introducir al hombre en el encuentro con *Jesucristo como sentido humanizador de la vida*, la razón existencial que puede impulsar al hombre de nuestro tiempo a adherirse al hecho cristiano ya no es la tradición, por muchas formas de tradicionalismo que se ensañen contra ella. La tradición, si bien no ha fracasado en su valor teórico, *ha fracasado en su razón existencial*: nuestro tiempo ha perdido de hecho el sentido de la historia. Y ni siquiera un discurso bien argumentado, ni una teoría doctrinal lúcida y completa, pueden hacer mella en el alma desencantada del hombre de hoy. *La tradición y la enseñanza de una doctrina pueden alimentar todavía una religiosidad devocional y una piedad,* pero difícilmente constituyen motivos de conversión al acontecimiento cristiano.

“En nuestro tiempo, el motivo existencial para adherirse al cristianismo puede ser el encuentro con un anuncio, es decir, con un cierto tipo de presencia cargada de mensaje. Este fue también el caso de quienes siguieron a Jesucristo. Las personas que realmente le seguían eran aquellas que quizá inicialmente se sintieron conmovidas o atraídas por el milagro o el discurso impresionante, y que se habían instalado *en el fondo de la personalidad de Cristo como un hecho cargado de sentido*”.[[5]](#footnote-5)

En una época racionalmente astuta, tan capaz como siempre de agudos análisis de lo humano, y sobrecargada de mensajes para resolver cualquier problema, puede parecer paradójico que sólo la presencia de un sujeto testigo pueda suscitar interés. Puede parecer paradójico, pero la Revelación es clara a este respecto. Pablo lo narra en 1 Cor 2, 1-2: “Cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado”. Esta es una paradoja que ninguna filosofía y ninguna teoría sociológica o política puede tolerar: que sea un acontecimiento, no un análisis, no un registro de sentimientos, el catalizador que permite que los factores de nuestro yo afloren con claridad y reconozcan la necesidad de adherirse al acontecimiento de la revelación cristológica.

En otras palabras, la predicación todavía puede abrirse camino hoy en día por su sencillez de ser *uno con el* acontecimiento transformador del Evangelio que se proclama.

## 2. Debilidad del sujeto oyente. Un sujeto desescatologizado.

No basta con exponer claramente el contenido de la predicación, también es necesario interceptar al oyente. Ahora bien, el anuncio cristiano se vuelve interesante en la medida en *que responde a una pregunta humana*. En efecto, toda afirmación genera interés si se apoya en una expectativa interrogativa, como observó el teólogo Reinhold Niebuhr:

"Nada es tan increíble como *la respuesta a una* pregunta *que no se formula*. La mitad del mundo consideraba que la respuesta cristiana al problema de la vida y de la historia era una 'locura', sólo porque no tenían preguntas para las que la Revelación cristiana fuera la respuesta, ni deseos o esperanzas que esa Revelación pudiera cumplir".[[6]](#footnote-6)

La época en que vivimos es una época en la que el “sujeto” está debilitado, ya que se construye sobre la negación de la trascendencia o, al menos, sobre el escepticismo acerca del futuro. Por eso, parte fundamental del anuncio cristiano es *suscitar afecto y atracción por la cuestión del sentido y del significado último de la existencia*. Esto es difícil debido a la atmósfera nihilista de la cultura que impregna la conciencia europea. Sin embargo, hay algo que se resiste a este desierto del alma.

La conciencia humana siempre está animada por una *estructura deseante*: todo ser humano siempre desea algo 'más'. Se puede apagar el deseo adoptando un giro escéptico o reduciéndose a satisfacerlo con un objetivo inmediato en el consumo de “algo”. Pero puesto que -como observa agudamente Jacques Lacan- “el deseo no tiene objeto”, la energía trascendente del deseo resurge siempre en la conciencia del ser humano.

Y en el hombre moderno emerge particularmente como melancolía de lo eterno, como ausencia de algo, que puede tomar el camino de la decepción escéptica o ser la expectativa de que suceda algo inaudito. Es este punto el que un “heraldo del reino” debe interceptar hoy. Y traer a la mente del oyente de la Palabra la ocurrencia de un acontecimiento que pueda llenar esa nostalgia que arde bajo las cenizas del indiferentismo por las cosas de Dios.

En conclusión, no basta, pues, con hablar de la doctrina de Jesús o de Jesús como doctrina, sino que una predicación se hace eficaz en la medida en que, *mediante palabras testimoniales, deja traslucir el acontecimiento-Jesús y su Evangelio*.

Todo esto no es nada nuevo. Es más bien la forma en que Jesús mismo, cuando hablaba, generaba expectación. La anunciaba a través de las formas paradójicas de las parábolas o mediante gestos y palabras que suscitaban preguntas: "estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas (...) Todos se admiraban, y se preguntaban unos a otros: “¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad" (*cf.* Mc 1, 22.27). Más aún, las narraciones evangélicas nos muestran a Jesús provocando a sus oyentes mediante preguntas. A los primeros que le siguen, Jesús les interroga: “¿Qué buscáis?” (Jn 1, 38). Con la samaritana, hace gestos y dice palabras que provocan la pregunta: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Jn 4, 9), “¿Será él el Cristo?” (Jn 4, 29). A María Magdalena: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” (Jn 20, 15).

En resumen, en el anuncio misionero, *antes de dar respuestas doctrinales*, *hay que plantear preguntas. La* gente que se mueve en las ciudades tiene en su interior un sentimiento de ausencia y de lo no realizado que clama. Para sembrar la palabra del Evangelio, hay que partir de este grito, escucharlo, hacerlo propio. Es el grito de la insuficiencia incluso dentro de la presunción de no necesitar, como surge en los poetas. Hay una grieta en todo, y es por ahí por donde entra la luz.

## 3. El peso de las palabras de la predicación evangélica

Las palabras de la predicación tienen un peso específico, determinado por el hecho de que están destinadas a transmitir el sentido de la vida y tienden a transmitir la Revelación del Señor Jesús. Y como la Revelación siempre implica la realidad humana, tienen peso en la *medida en que en ellas se refleja la autoconciencia del que habla*.

En cada palabra que pronuncio en la predicación, estoy yo con mi conciencia de estar implicado en estrecha conexión con el acontecimiento del Señor Jesús. Las palabras de la predicación no son meramente descriptivas de una doctrina sobrenatural o de una enseñanza moral o pedagógica para vivir bien en este mundo, sino que son palabras *cargadas de una energía que viene dada por la acción del Espíritu Santo*, que actúa en mí e interactúa con el oyente.

Se trata, pues, de tomar conciencia de esta dinámica interior y sobrenatural, para que mi “yo disminuya” y deje espacio a la gracia de Dios. Predicar “al estilo misionero” implica este sentido radical de pobreza de las palabras humanas, confiándolas a la acción del Espíritu.

Por eso, para predicar eficazmente el Reino, hay que vaciarse de uno mismo y de su autosatisfacción para dejar espacio a la gracia. Si esto ocurre, podemos sentirlo por la reverberación en nosotros de un sentimiento: el de sentirnos heridos por la insuficiencia de las palabras que utilizamos y la pobreza de los argumentos que intentamos esgrimir. Esto mitiga la posibilidad de cualquier autosatisfacción.

A este respecto, hay una cita de Georges Bernanos en *Diario de un cura de campo* queilustra lúcidamente lo que decimos:

“¡Estamos aquí para enseñar la verdad! - dijo el experimentado párroco de Torcy al joven párroco de Ambricour - ¡Esto no debe avergonzarnos! ... Enseñar, hijito mío, no es un asunto agradable. No hablo de los que se salen con la suya: ya verás bastantes a lo largo de tu vida, aprenderás a conocerlos. Son verdades consoladoras las que dicen. La verdad primero libera, luego consuela. ... ¡La palabra de Dios! Es un hierro candente. Y tú que la enseñas, quisieras agarrarla con pinzas, por miedo a quemarte. Si un sacerdote baja de la cátedra de la Verdad con la boca como *una* gallina, un poco acalorada pero contenta, no ha predicado: a lo sumo ha ronroneado. ... Digo simplemente que cuando el Señor saca de mí, por casualidad, una palabra útil a las almas, lo siento por el mal que me hace”[[7]](#footnote-7).

En cualquier caso, el modelo de este tipo de predicación está bien descrito por San Pablo, y es con esta palabra con la que todo predicador del Evangelio debe compararse: "Cuando vine a vosotros, no vine a anunciaros el misterio de Dios con sublime elocuencia o sabiduría. (...) yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Cor 2, 2-5).

## 4. El punto sintético de la predicación evangélica

“El desafío de una prédica inculturizada está en evangelizar la síntesis, no ideas o valores sueltos. Donde está tu síntesis, allí está tu corazón. La diferencia entre iluminar el lugar de síntesis e iluminar ideas sueltas es la misma que hay entre el aburrimiento y el ardor del corazón. El predicador tiene la hermosísima y difícil misión de aunar los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo.”[[8]](#footnote-8).

Esta observación nos lleva a expresar cuáles son los principales elementos de síntesis de la predicación misionera.

**a) Testimonio de que Dios, el Misterio del que brotan todas las cosas, está cerca de su criatura.** Con la presencia de Jesús en el mundo, la relación religiosa queda determinada y decidida por el hecho de que Dios se hace cercano al hombre (Mc 1, 15). La cercanía *de Dios activada por Jesús decide la calidad de la relación religiosa*. La escena original del Evangelio (citada de la fuente Q: Mt 11, 2-6 = Lc 7, 18-23), en la que Jesús se desprende de Juan Bautista, revela que *Dios no es el juez que condena, sino el Padre que se inclina hacia su criatura débil y herida*. Hay hombres y mujeres sin esperanza, que ya no esperan nada, ni siquiera de Dios, porque la ortodoxia devota ya ha decidido que están perdidos, y lo están de la mano de Dios, como es el caso de la mujer del capítulo 7 de Lucas, o de Zaqueo o Mateo. Y Jesús se pone de su parte y los rescata de su desesperación en nombre de Dios, con autoridad, sin pedir permiso a nadie, con sábado o sin sábado. Y Jesús reinicia desde aquí la observancia de la Ley que honra a Dios en Espíritu y verdad. Una religión ajena a la redención humana es ajena a la Revelación. Este es el primer núcleo de una predicación evangélica y contrasta vivamente con la retahíla de palabras moralistas sobre cómo comportarse de tanta predicación (¡que se ha mantenido firme a la predicación del Bautista!).

**b) Creer en el Dios que se sacrifica por mí**. Donde la religiosidad natural sugiere, pues, *el deber del hombre de sacrificarse por Dios, el Evangelio habla de Dios que se sacrifica por el hombre*. He aquí el segundo elemento de síntesis de la predicación: la novedad estremecedora de la Cruz de Jesús: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). No son los discípulos quienes lavan los pies del Maestro -esto habría sido obvio-, sino que es el Señor quien lava los pies de los discípulos, y ésta es la sorpresa de la revelación evangélica. Simplemente está más allá del marco mental humano. *Morir por Dios es ciertamente duro, exigente, admirable, heroico, pero sigue siendo lógico, comprensible. Pero que el Hijo de Dios se dejara crucificar por nosotros,* y muriera entre dos malhechores, es *algo absolutamente impensable por la razón* y sólo puede admirarse en la visión de la fe y del amor.

**c) Dios decidió manifestarse a través de la impotencia de Jesús.** Un tercer elemento de síntesis es que, desde un punto de vista racional, nadie puede aceptar *la idea de que “la verdad de Dios” se manifieste a través de* la impotencia de Jesús en la cruz; si acaso, *tal impotencia es la verdad precaria de la humanidad de* todos los tiempos. Pero aquí se injerta la paradoja del Evangelio: *Dios se muestra como el amor que prefiere ser incomprendido como débil para no mostrarse dominador del hombre.* Quien mira la cruz de Jesús se ve obligado a tomar partido a favor o en contra de esta imagen de Dios: un Dios comprometido con la libertad del hombre hasta el punto de manifestarse en *forma de entrega incondicional a favor de la criatura*. Si Jesús hubiera dejado aparecer su gloria y hubiera permitido el entusiasmo de las multitudes, no habría sufrido la pasión; pero se habría encontrado con un triunfo contrario al plan de Dios. Jesús habría sido simplemente un hombre como los demás, necesitado de reconocimiento, sediento de afirmación, en busca de consenso y poder. Pero Jesús *demostró que era “Dios” precisamente en la cruz, porque recorrió un camino que ningún hombre elegiría recorrer*. Y así demostró que "no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

**d) La venganza del crucifijo.** En el mundo hay dolor, sufrimiento y muerte. Es un escándalo para el deseo de vida del hombre. Pero en el Crucificado se muestra *el secreto de Dios: ser Amor incondicional*. Jesús no se puso del lado de la historia, sino que se dejó arrollar por todo el mal del mundo y quiso que este mal cayera sobre su persona, para preservar a todos de la destructividad del mal (*cf.* Jn 18, 8-9). Así atrajo sobre sí toda la negatividad de la humanidad y transformó la contradicción de la historia humana en la revelación de su Amor. Y puesto que "el amor es tan fuerte como la muerte y las grandes aguas no pueden arrollarlo" (Cant 8, 6-7) en el corazón del mundo se sitúa *el principio del renacimiento y de la resurrección* como *energía del amor que se expande en la historia de la humanidad* a través de la caridad de unos hacia otros, profecía del mundo futuro.

## 5. Conclusión

Esta es la buena nueva que la predicación está llamada a anunciar: “¡Dios nos ama!”. En el anuncio, sin embargo, el amor de Dios no puede permanecer "genérico" y "universal", sino que debe dar un giro personal: “¡Dios te ama! Dios te ama, sólo a ti”, más allá de tu pecado. Dios no se detiene en tu pecado, sino que te mira a ti, que eres “hijo en el Hijo”. Y por esta mirada pasa tu salvación, porque de ella nace el dolor por tu mal que te ha encerrado en ti mismo, en tu orgullo y autosatisfacción. Y ésta es la piedra angular de la reconciliación y del renacimiento de la persona.

La consecuencia es que la moral se sitúa jerárquicamente en segundo lugar respecto al acto de fe[[9]](#footnote-9). Sin embargo, por desgracia, en la predicación cristiana se proclama que "Dios nos ama", pero entonces no se mide su amor por nosotros, sino que se sopesa nuestro amor por él sobre la base de estar libres de pecado y sentirnos “justos”. Y con esta premisa se pierde la alegría del Evangelio y de la fe. La Palabra de Dios, es verdad, nos reprocha el mal que hacemos, pero no para moralizar baratamente, ni para decirnos que somos “malos”, sino para hacernos entrar en la conciencia de ser débiles y frágiles, comunicándonos la verdad fundamental de nuestra vida: que estamos marcados por la finitud.

Puede doler la conciencia de nuestra debilidad, pero dentro de ella -he aquí la buena noticia- ha venido a habitar el Hijo. Y allí viene a buscarnos, haciéndose cercano y mostrando un amor que brilla con luz incluso en la oscuridad. “Dios me ama”: éste es el corazón del Evangelio. Este es el acto de fe fundamental que el Evangelio suscita en mí y que estoy llamado a animar a que suceda también en los demás.

1. El tema de la actividad caritativa parece haberse convertido a veces en dominante en la Congregación. Para algunos es incluso exhaustivo. Pero "caridad y misión" no deben interpretarse en clave excluyente, reconociendo entre ellas una armonía, que caracteriza la vocación propia de la Congregación. Entre caridad y misión San Vicente ha visto siempre una unidad. [↑](#footnote-ref-1)
2. SVPX, 449 (Coste XII, 131). [↑](#footnote-ref-2)
3. SVPIX, 182 (Coste IX, 235). [↑](#footnote-ref-3)
4. "¡Cómo! Lo hemos dejado todo por Dios: ¿por qué, pues, nos buscamos a nosotros mismos? ... Tengamos el celo de edificar al pueblo, mostrándole cómo ha de estimarse la palabra de Dios, tratándola nosotros mismos como debemos. Créanme, el pueblo acude a la iglesia con respeto y estima la palabra de Dios, si ve que nosotros también la estimamos": SVP X, 589-590 (Coste XII, 320-321). [↑](#footnote-ref-4)
5. L. Giussani, *Opere (1966-1992),* vol. II. II, Jaca Book, Milán 1994, p. 3. [↑](#footnote-ref-5)
6. R. *Niebuhr*, *Il destino e la storia, Antologia degli scritti di Reinhold Niebuhr, editado por E. Buzzi*, BUR, Milán 1999, p. 66. U. H. Von Balthasar, *Spiritus Creator*, *Saggi teologici*, Opere vol. XXII, Jaca book-Morcelliana, Milán 2017, p. 248, también sugiere: "*Donde se pierde el problema, la respuesta ya no tiene oportunidad de dar en el blanco*. Si el cristianismo ya no formula la pregunta junto con el mundo (de hecho, no la plantea de una manera más profunda y urgente que esta), ni siquiera sabrá cómo formular la respuesta de Dios tal y como se interpreta a sí mismo y cómo quiere ser interpretado'. [↑](#footnote-ref-6)
7. G. Bernanos, *Diario di un Curato di Campagna*, Milán-Mondadori, 1952,61-62. [↑](#footnote-ref-7)
8. Evangelii Gaudium, 143. [↑](#footnote-ref-8)
9. “La predicación puramente moralista o adoctrinadora, y también la que se convierte en una clase de exégesis, reducen esta comunicación entre corazones que se da en la homilía y que tiene que tener un carácter cuasi sacramental”: *Evangelii Gaudium*, 142. [↑](#footnote-ref-9)